

mo, pero que sienten más ó menos la atracción del luminar que se anuncia ó cuando menos las exigencias de la necesidad que se impone, y así es como doña Emilia Pardo Bazán, conservando la genialidad y donosura del habla de la mejor época, introduce sin titubear vocablos y locuciones (aunque ha asegurado alguna vez¹ que los resucita, más que inventarlos); don Juan Valera, que cada día en sus trece de no conceder gran valor á las nuevas escuelas, y de proclamar que prefiere lo antiguo, con ciencia, que en «Morsamor» ha llegado á su colmo, con refinamiento y socarronería encantadores, moderniza sin cesar el idioma y le imprime la elegancia más intachable del buen decir de un escritor francés trahvertido en el mejor hablita castellano; Pérez Galdós y D. José María Pereda, con cuyos hallazgos, invenciones y nuevos usos de palabras pudiera formarse un copioso glosario, y que en

¹ En algún artículo suyo publicado en el «Teatro Crítico,» si mal no recuerdo.—Los numerosos plagios que Francisco A. de Icaza ha encontrado en las obras de Doña Emilia, no privan á ésta en nada, á mi modo de ver, de sus raras cualidades de noveladora y de crítica, ni menos aún de sus grandes méritos de hablita. Este es punto (el único quizá) en que no hemos podido Icaza y yo ponernos de acuerdo, pues conviniendo en que mi buen amigo, el brillante autor de *Examen de Críticos*, está en mejores condiciones que yo para juzgar sobre el asunto, insisto en creer á la Sra. Pardo Bazán una elegantísima escritora; y en cuanto á sus plagios, supongo que habrá incurrido en ellos por esa indolencia frecuente en los autores de más nota que los lleva á apropiarse pasajes ó ideas ajenas que, quizá con un ligero esfuerzo, hubieran podido desdeñar requiriendo de su propia inventiva cosa probablemente superior.

lo porvenir darán sin duda tantos modos de hablar, tan variadas y peregrinas locuciones, como las legadas por Cervantes; Menéndez y Pelayo, que de cualquiera de sus jugosos libros podría llevar al Diccionario en que, como los anteriores, oficialmente colabora, y sólo oficialmente quizás, centenares de términos que le faltan.

A D. Elías Zerolo, laborioso escritor canario, ocurriósele entresacar de algunas páginas escritas por académicos de la lengua, tomadas al acaso, palabras no incluidas en el Diccionario de la Corporación;¹ á D. Camilo Ortúzar, formar una lista de unos ciento cincuenta términos empleados en el cuerpo del Diccionario sin haberse registrado en el lugar alfabético correspondiente, lista que para nada tomó en cuenta la comisión organizadora ó revisora (supongo que la habría) en la novísima edición.² Las críticas lexicológicas, de la índole de las dos citadas, unas acerbadas y aun de mala fe, como las de Valbuena, otras laboriosas y de carácter regional, como las de Rivodó, Pedro de Mugica, Icazbalceta, Ximénez Xau, y cien más, españoles é hispano-americanos, los estudios de alta filología como los de Cuervo, Morel-Facio,

¹ E. Zerolo. *Legajo de varios*. París, 1897.

² C. Ortúzar. *Diccionario de locuciones viciosas y de correcciones de lenguaje*.

Lanchetas, Fernando de Araujo, han acopiado materiales sin cuenta que sólo esperan una mano laboriosa que los ordene con método y conforme á una mira útil y práctica. Para ello hay que olvidar, si se trata, por ejemplo, de formar un diccionario, aun la costumbre misma de apearse al orden alfabético, que sólo es ventajoso para los índices, y hacer la clasificación por grupos etimológicos, para fines científicos, por grupos de ideas, para fines literarios.¹

Con el recato que se ha tenido en admitir voces extrañas y la negligencia en conservar inanzolvables las fuentes del idioma, lejos de contrarrestar el efecto de las leyes naturales que presiden, en la vida del lenguaje, á la debilitación y muerte de las palabras², se le ha festinado con toda la ceguedad de la ignorancia y toda la obstinación de un ofuscado capricho. Así ha llegado á producirse el empobrecimiento que lamentan muchos y que ha hecho exclamar á Menéndez Pelayo, refiriéndose á los libros de la Edad Media, del género que llama él didáctico recreativo: «aparte del interés histórico que ofrecen como documentos de costumbres y depor-

¹ Ya existe un *Diccionario de Ideas Afines* publicado por D. Eduardo Benot, pero el libro resulta enteramente inútil, pues casi todo es una traducción servil del *Thesaurus of English Words*, de Roget.

² A. Darmesteter. *La Vie des mots*, y su *Cours de Grammaire Historique de la Langue Française*, t. 3^o, cap. III: *Comment meurent les mots*.

tes caballerescos, y del no leve contingente de observaciones directas y seguras que suministran para la historia natural de ciertas especies y para la geografía de la Península, suelen contener un tesoro de expresiones pintorescas y felices, una riqueza de vocabulario descriptivo miserablemente perdida en la pobre y apocada lengua de hoy, en que todos procedemos por términos abstractos y generales, sin saber concretamente los nombres castellanos de ninguna cosa, de donde nace la incompetencia de los más de nuestros actuales escritores para ponerlas vivas y gallardas delante de los ojos, como pone Ayala, por ejemplo, los plumajes, naturas y condiciones de sus azores, falcones, gavilanes, esmerajones, alcotanes, gerifaltes, sacres, bornies, alfaneques, tagarotes y baharíes, y nos informa de sus mudas y *melesinamientos*.»¹

Esto, en que jamás consentirían los serviles admiradores de lo que no entienden ni se han tomado la molestia de examinar de cerca, con franqueza lo declaran, como se ve, los que con razón cifran en otra cosa que en vanas defensas declamatorias su verdadero amor al idioma que cultivan y honran. Así es como D. Juan de Iriarte se quejó de lo mismo en el seno de la Academia en su discurso de recepción, y D. Javier

¹ *Antología de Poetas Líricos Castellanos*, t. IV, p. XVIII.

de Quinto, y el marqués de Auñón, y D. Isaac Núñez de Arenas y el mismo P. Miguel Mir.

Me obstino en semejantes consideraciones, á pesar de la lejana relación que tienen, y que se habrá advertido ya, con el objeto principal de este escrito, porque desgraciadamente en México estamos acosados todavía por el gramaticalismo. Los más ignorantes de las leyes del idioma, los menos dotados de entendederas lingüísticas, se pican de agudos en las delicadísimas cuestiones de propiedad en el uso de las voces, de los modos de regir con ésta ó aquella preposición, de que México deba escribirse con x ó con j (poniendo en graves apuros á nuestro excelente gramático D. Rafael Angel de la Peña), y sobre otras diversas puerilidades sin saber lo que se dicen, siendo frecuente que censuren lo mejor y no se den cuenta de los verdaderos dislates. El bagaje gramatical de tal gente se reduce á lo poco que aprendieron en la escuela, muy mermado ya por el tiempo, á tal cual censura que hayan recogido de cualquier conversación de pedantes ó en alguna lectura sin valor, y más á menudo en los vagos recuerdos que conservan de que, al consultar el Diccionario de la Academia (y siempre citan la última edición), no hallaron tal ó cual pecaminoso vocablo, motivo de sus inquietudes y reparos.

Ea, señores, dejémonos de remilgos y de infundados temores: franqueemos la entrada á arcaísmos, neologismos, extranjerismos, provincialismos y aun á las formas bárbaras, sin miedo á que se corrompa el idioma, que bien sabrá él defenderse: mucho quedará de todo ello, y probablemente mucho bueno. Las lenguas obedecen también á la ley evolutiva; la trasfusión de sus elementos es necesaria y útil, aun cuando vaya maleada por la vana ostentación, el ciego capricho ó la desvalida ignorancia con que á veces se recurre á voces extrañas y á construcciones extranjerizas. Por lo demás, muchas formas que ahora se juzgan impropiedades, y que por el momento lo son, andando el tiempo serán las expresiones clásicas y usuales, como gran número de las que ahora reputamos como tales, fueron alguna vez incorrecciones, vicios ó desaliños. Verdad que la fijeza de las lenguas y su conservación es actualmente más duradera y resistente á los cambios, en fuerza de las proporciones inmensas que alcanza la publicidad, y debido á las facilidades de la comunicación, á los arbitrios de la enseñanza, á la uniformidad de la educación, á la acción equilibrada y poderosa de la ciencia; pero la tendencia transformadora no cesa de ejercer su fecundante labor en las entrañas del habla popular con

intensidad al parecer disolvente y anárquica, pero con virtud reformadora y unitiva.

Todas estas son verdades adquiridas, hechos trivialísimos para cuantos hayan dirigido una ojeada, aunque sea por mera curiosidad, como yo, por el campo científico de la filología moderna, pero que importa pregonarlos y repetirlos reiteradamente, ya que no nos hemos sacudido por completo de la férula de la gramática doctrinaria y de la retórica impertinente. Tiempo es de quebrantar el dogmatismo, sin entregarse, por ello, á la anarquía de la ignorancia, que es indigna del escritor é incompatible con los deberes del artista. La rutina debe dejar el puésto á la fecunda investigación del idioma en sí mismo, en su desenvolvimiento y en sus relaciones de consanguinidad ó parentesco con otros antecesores ó coetáneos. Tal estudio, lejos de circunscribir y esterilizar el entendimiento, amplía la penetración, avigora la mente y sistematiza el raciocinio. . . . pero la digresión es ya enorme; perdonádmela, y volvamos al asunto.



La critique est la conscience de l'art.
ERNEST HELLO.

MAS traducciones de Casasús abarcan veintiuna odas del libro primero, nueve del segundo, quince del tercero, ocho del cuarto, siete de los Epodos, y el Canto Secular, lo que da sesenta odas, ó sea la mitad de las escritas por Horacio. Ya en número es considerable el trabajo, y el más extenso, como dije al principio, que se debe á pluma mexicana; pero si entramos en el examen de su mérito literario, pronto se ve que el libro es muy digno de figurar en primer término entre los mejores ensayos de su género.

Si las palabras de Casasús en su prefacio no fuesen dictadas por la modestia, comenzaría yo por conminarlo, dando fácil suelta á mi natural impulsivo, por haber dicho que sus traducciones no estaban destinadas á ver la luz pública, porque no quería revelar á nadie que aun tenía

tiempo que perder ni que guardaba todavía sus aficiones literarias de la juventud.

Yo que, aunque no soy joven, aun puedo considerarme como tal (contando con la indulgencia de mis amigos) no comprendo, ó mejor dicho, no admito que las aficiones literarias puedan acabar en hombres del vigor intelectual y elevada cultura de Casasús, ni mucho menos que sea tiempo perdido el que se consagre al cultivo del menor palmo de tierra en el fecundo campo de las letras. Ninguna de las efímeras conquistas humanas, ni los descubrimientos de las ciencias, ni las maravillas de la industria, ni las utopías de la filosofía, ni los triunfos de la experimentación, ni las ventajas de la opulencia pueden alcanzar perenne encanto, aspecto sereno de inmortalidad en la vida terrestre (y aparentemente en la eternidad incomprendible) como las creaciones de la mente que el arte pule y embellece. El arte es grande, es bueno, es santo, y su dominio universal y soberano. Es el resultado y la manifestación de los más nobles impulsos del sentimiento y de la altitud de espíritu más pura y abnegada. Amalgama gloriosa de talento, emoción, fuerza y ensueño, fulgura con todos los visos de algo imperecederamente deslumbrador y bello. Nada hay más respetable, nada más seductor: parece un

trasunto de lo divino, logrado en virtud de una adivinación inconsciente. Si no existiera, sería la humanidad una aglomeración de estómagos hostigados por los más vulgares apetitos, una interminable procesión de imbéciles, satisfechos de arrastrar penosamente, á cambio de un tejo de oro ó de piltrafas, el fardo de la vida, y el universo una región tediosa, desoladora y sin esperanza. Es como la fe, como las religiones: consuela y fortalece. Subtrae del presente doloroso y abre horizontes insospechados hacia un más allá poblado de misteriosas promesas. ¿Exagero? puede ser: de todo es capaz un creyente del arte, y muy especialmente de exageración. Los fanáticos son intransigentes, y en cuanto se desdeña ó ataca al objeto de su culto, les hierve en el corazón el sedimento de intolerancia irreductible que hay en el fondo de toda admiración apasionada.

Por fortuna, Casasús dijo seguramente esas palabras como en disculpa hacia tantos hombres de negocios negados á toda sensibilidad literaria, como en bondadoso desagravio por su indisputable superioridad sobre ellos; pero ni puede sentirlos, ni los emite en su sentido estricto.

Pruébalo plenamente con su conducta misma, aprovechando con avaricia los pocos momentos

que le quedan, en satisfacción de aquellas sus inclinaciones juveniles, de estas sus inclinaciones de hoy, y de las que seguirán sin duda siendo sus inclinaciones de mañana, que ojalá lleguen á inducirlo á defender un poco más el tiempo que sus demás ocupaciones les roban á las letras.

De hecho, la vida agitada de un contemporáneo es muy poco favorable para la producción artística. La atención se halla de continuo atraída por exigencias de índole muy diversa, y se requiere un esfuerzo de voluntad no pequeño para someterla á tan paciente trabajo.¹ En esto estriba quizás la visible degeneración de las literaturas actuales, pues lo extraordinario del progreso general, la necesidad que este progreso impone á las inteligencias de atender á muchas cosas á la vez, no puede menos que perjudicar al progreso particular de la literatura. Es preciso dedicar mucho tiempo y mucho trabajo

¹ «No diré que hay entre los géneros literarios lucha de competencia para vivir y prosperar; sería ésta una de esas *imágenes* que producen ideas falsas. Pero hay un hecho simple, inevitable: si los artistas de una época se dedican á cultivar con igual ardor varios géneros, recibiendo cada uno de estos géneros menos cuidados y trabajo que antes, producirá frutos menos buenos. Y si el artista literario se disipa aun más yendo fuera de la literatura misma á cultivar otros dominios, se resentirá la literatura de un modo sensible. Verdades evidentes que, al enunciarse, parecen vulgares; y sin embargo, casi no se hallan historiadores ni críticos que las tengan en cuenta cuando juzgan de una época.» P. Lacombe, *Introduction à l'Histoire littéraire*, libro III, *Las decadencias aparentes*.

á una labor especial para vencer las dificultades que toda ejecución entraña, y convertir el trabajo en obra artística y la obra artística en expresión exacta de las concepciones más altas del entendimiento humano. Los más grandes poetas, los más grandes pintores, los más grandes estatuarios, los más grandes músicos no han sido más que músicos, artistas ó poetas, y en todo lo demás grandes desocupados.

Esta consideración hace aún más apreciable la obra de Casasús, quien para disponer del tiempo indispensable ha tenido, repito, que sumar los instantes, entregándose á un verdadero trabajo de benedictino, pues, como dice Menéndez Pelayo, «una traducción poética de Horacio no es para hecha en ratos de ocio, ni como solaz de más graves tareas: requiere largo esfuerzo y aplicación constante.» Traducir á un poeta, procurando expresar aproximadamente lo que él diga, sin preocuparse de la fidelidad de las ideas, de la exactitud de las formas, de la semejanza de la emoción, del pulimento artístico, es cosa facilísima y al alcance de cualquier Oswaldo Magnasco. Pero apegarse á obedecer tales condiciones estéticas ó siquiera las principales de ellas, no hacer traducción vulgar, sino fiel interpretación, y esto, sin servilismo, es empresa literaria muy escabrosa y delicada.

Quien abra el libro de Casasús y, por ignorancia del latín ó cualquiera otra causa, se contraiga á leer la traducción de éste, sin tomar en cuenta el original, advertirá, si ha visto otras versiones de Horacio, que al revés de las más que recuerde, los versos de Casasús corren con poética facilidad expresando las ideas y los sentimientos con rara limpidez de conceptos y de ritmo; verá una poesía ingenua y natural como la poesía antigua, revestida con la nobleza clásica, pero sin su severidad ni estiramiento, y á la vez elegante y esmeradamente engalanada con los modernos atavíos de los poetas parnasianos; verá que el Horacio que otras veces le ha parecido frío y sin inspiración en Andrés Bello; hinchado, prosaico y pedantesco en Burgos; pulcro, pero sin animación, en Menéndez Pelayo; duro, insonoro y cacofónico en Mitre; insignificante y pedestre en D. Eduardo de la Barra; cancionista fácil, agradable y ripioso en Magnasco, aparece en Casasús un Horacio poeta que interesa gratamente al lector como en los versos de Fray Luis de León ó del canónigo D. Manuel María de Arjona.

La versificación de Casasús, en efecto, es fácil, inafectada y sobria, sin carecer por ello de cierto esmero y aliñamiento. Puede leerse con agrado, con interés, sin fatiga, lo cual es muy

raro que acontezca tratándose de poesía antigua, vista por el tosco revés que de ordinario dan las traducciones. Mas para apreciar ese trabajo debidamente, para poder estimar en su verdadero valor lo que de hoy más representa un triunfo plausible en nuestra literatura, requiérese una observación más detenida, un examen más estricto, un análisis más minucioso de sus procedimientos, de su tendencia, de sus resultados, y buscar, por comparación imparcial y rigurosa con los trabajos análogos que reputa mejores la crítica contemporánea, y por el cotejo con el propio texto horaciano, en qué ha aventajado Casasús á los otros, de qué alto servicio le son deudas las letras clásicas, y hasta dónde ha mostrado que es posible llevar en verso la interpretación del poeta venusino.

Me imagino que acontecería á Casasús lo que á todos los que han estudiado el latín en la juventud y no continúan cultivándolo de un modo exclusivo ó siquiera empeñoso. Supóngolo así, por lo que de mí yo mismo sé, pues bien recuerdo cómo salíamos del seminario los más, antes de los quince años, sabiendo de memoria la gramática de Nebrija y las reglas empíricas y disparatadas con que nos enseñaban á construir oraciones en latín vergonzante; esto es, con un caudal de vocabulario y gramática nada cuan-

005937

tioso y suficiente apenas para traducir de un modo rutinario las «Selectas Sagradas» ó la Filosofía de Fray Ceferino González. ¿Virgilio? ¿Horacio? ¿Cicerón? *Vade retro!* . . . únicamente los ejemplos que en el texto ilustraban la sintaxis y la métrica. La irrupción de un clásico en las aulas hubiera parecido á aquellos benditos padres, pecado gravísimo y vitando, tan punible quizás como el que nos peinásemos de raya ó usáramos corbata que no fuese negra, de tirilla y liada al cuello sin formar rosa. Ya en el Liceo, hube de vérmelas con una ó dos oraciones del Cicerón de Oviedo, que traducíamos con Oviedo mismo, pues el profesor que nos deparó la suerte (ó más bien la condescendencia oficial), quien sobre llamarse Silvestre, lo era en latinidad hasta lo inverosímil, sólo servía ¡dichosa edad! de inocente diversión á la natural travesura de los más avisados, que se gozaban en fingirse impotentes para comprender la construcción ó el sentido de algunos pasajes, y lo asediaban hipócritamente á preguntas que lo ponían en trances desesperados: y era de ver entonces al pobre viejo vuelto un energúmeno contra el escaso mechón de cabellos que en su propia calva habían escapado todavía á la saña de sus iracundas manos. Años después, las necesidades de la vida estudiantil me llevaron á recordar ese latín

prestamente olvidado, y sin la eficaz ayuda de guías como Caro y Cuervo, Madvig, Conington y Roby, hubiera venido á hacer en el profesorado el triste papel de D. Silvestre. No obstante ello, después de tanto trabajo y de la dedicación y práctica de varios años, mucho he vuelto á olvidar y nunca me ha sido posible, sin frecuentes tropiezos, ir á través de un nuevo texto, lo que seguramente ocurre á la mayoría de los que aseguran y creen saber el latín, sólo que nó lo declaran.

Pues bien, de todas estas dificultades del idioma mismo ha triunfado la perseverancia de Casasús, y es incalculable el paciente trabajo que ha puesto en ejercicio.

Antes de versificar cada una de las odas que contiene su libro, las estudiaba con cuidado. Luego las traducía en prosa del modo más literal posible. Hacía una nueva versión más literaria, interpretando de paso las notas explicativas de Dübner. Íbase entonces á los comentadores, de que en poco tiempo reunió el número más completo que puede haber en la biblioteca del *scholar* más apasionado de Horacio, desde los escolios de Acrón y Porfirio, hasta los comentarios de Lambino y Torrencio, de Bentley, Orelli, Urbano Campos, Munro, etc., lo mismo italianos que alemanes, ingleses que españoles. Leía

y comparaba después cuantas traducciones allegaba su infatigable ahínco; y así han pasado por sus manos Conington, y Burgos, y Mitre, y Pagaza, y el fidelísimo Rapisardi, y muchísimos más. Hasta entonces procedía á su labor propia, hasta entonces elegía la mejor interpretación entre varios ensayos, haciendo á veces varias traducciones de una misma oda. De esta extraordinaria paciencia, de este enorme y dilatado trabajo que mis palabras no exageran un punto, han salido las sesenta traducciones impresas.

Indudablemente fué la exactitud lo que más le preocupó, y no cabe duda que ha dirigido su principal esfuerzo á escudriñar el fondo de la rica heredad, á buscar el fruto de las doradas mieses, á sacar del granero horaciano el trigo mejor escogido de las eras líbicas: la exactitud ante todo, cosa natural y explicable en un espíritu habituado á la regularidad del trabajo, al rigor del cálculo, á la secuela del razonamiento jurídico. Su actitud, con todo, no ha sido el acatamiento al caso estricto, al problema concreto, haciendo sumas y sumas de epítetos, figuras, locuciones y pensamientos en equivalencia matemática; no ha sido la aplicación forzosa de la ley escrita por la pedantesca sutileza retórica, sino la razonada sujeción al principio generador del justo precepto, la fuerza amplia

y generalizadora del entendimiento libre, el impulso irresistible de la energía que tiende á un fin. Debe, pues, juzgársele principalmente por el grado de fidelidad que ha alcanzado, esto es, por la parte que corresponde á las ideas, al espíritu íntimo de la poesía horaciana, más que á sus condiciones estéticas, las que muy á sabiendas desacata el traductor cuando advierte que le obligarían á apartarse del camino que se ha trazado. Aunque no se desentiende de seguir en su métrica, siempre que lo considera factible, el elegante movimiento de los pies horacianos, á menudo no lo hace ni lo intenta, por las trabas infranqueables que le opone el idioma. Atento sobre todo á la veracidad del sentido, no incurre, por ejemplo, en los desaciertos que Mitre al empeñarse, con mucha temeridad y muy exigua ciencia, en emplear metros análogos ó que así los cree él cándidamente. Casasús sacrifica de un modo voluntario la analogía de metros (que sería indispensable para la interpretación idealmente perfecta) á la identidad de ideas y á la correspondencia fiel del pensamiento. Tal esfuerzo se reconoce al punto que se compara cualquiera de sus versiones, y al hacerlo, sorprende en verdad hasta qué grado ha podido avenir la naturalidad del verso con una fidelidad escrupulosa.